

Juan Solo

**UNA MUERTE
IMPROVISADA**

1997

*Todos acabamos en el mar,
Todos comenzamos en los arroyos...*

The river of dreams, Billy Joel

1

La primera bala se incrustó en la puerta, a unos treinta centímetros sobre su cabeza. Al oír el crujido de la madera, se agachó de forma instintiva, lo que evitó que el segundo disparo, que se produjo casi de inmediato, le atravesara el corazón. Notó cómo un puño invisible le golpeaba el hombro izquierdo y tiraba de él hacia atrás con una fuerza salvaje. En un primer momento, no sintió dolor; tan solo rabia por haber sido tan negligente.

No debería haber irrumpido en la tienda sin tomar las precauciones necesarias, pero la gripe no le permitía pensar con claridad. Escuchó la detonación en el callejón, supo que su compañero se había metido en líos y salió corriendo... Ahora era demasiado tarde para lamentarse.

Contó tres atacantes: el primero, estaba llenándose los bolsillos con el escaso botín que encontró en la caja; el segundo, tras el mostrador, apuntaba a la cabeza del empleado de la tienda con un 38, y el tercero, a su izquierda, que fue quien abrió fuego nada más verle. El primer proyectil falló el blanco, pero el segundo le alcanzó en el húmero y el impacto le hizo tambalearse. Consiguió mantener el equilibrio a duras penas y apretó el gatillo de su Glock. Un instante después, el delincuente cayó fulminado con un agujero en mitad del pecho.

¿Por qué estaba allí? La fiebre le había subido a lo largo de la tarde. Debería haberse marchado a casa...

El que estaba ocupado con la caja vio caer a su camarada, lanzó un alarido lleno de furia y disparó su arma sobre él. Una bala le hirió en el costado derecho.

Esa sí que dolió.

Las piernas le fallaron y tuvo que echar la rodilla derecha a tierra. Por fortuna, el proyectil describió una trayectoria limpia y salió de su cuerpo con la misma facilidad con la que había entrado sin dañar ningún órgano vital, según se haría constar en el parte médico, horas después.

El atracador del fondo, que continuaba tras el mostrador, apretó el cañón de su arma contra la sien del empleado de la tienda para que no se moviera. Estaba muy alterado y no paraba de proferir amenazas. Era el nervioso del grupo.

Siempre había un nervioso.

Y los nerviosos causan problemas. Lo más probable era que le volara los sesos al dependiente y después vaciara el cargador sobre él.

El agresor de su derecha disparó una cuarta vez, pero falló y su compinche se decidió a participar en el tiroteo, por fin. La tienda se convirtió en un infierno ensordecedor. El policía notó cómo la sangre le manaba del cuello, allá donde una bala se había quedado a un centímetro escaso de seccionarle la yugular. Repelió el ataque como pudo; un proyectil reventó la caja registradora y el siguiente alcanzó al asaltante del mostrador en plena cabeza. Su cuerpo sin vida voló hasta chocar contra una nevera llena de latas de refresco que había a su espalda.

¿Aún vendían New Coke? ¿Pero no habían retirado esa porquería del mercado?

Algo llamó su atención a la izquierda: era su compañero, tirado en el suelo, entre una montaña de cajas de puré de patata en oferta. Hacía menos de cinco minutos, le había advertido que si seguía comiendo de esa manera acabaría reventando los malditos amortiguadores del coche y ahora yacía allí, probablemente sin vida. Y todo indicaba que él iba a correr la misma suerte.

El dolor comenzó a ser más soportable, como si poco a poco fuera escapando a algún otro lugar y su campo de visión se tiñó de rojo.

¿Le habían alcanzado en la cabeza? No era consciente de ello.

Estaba sangrando mucho.

¿Cuánta sangre hay en el cuerpo? ¿Eran cinco litros...? ¿O seis?

Se vio obligado a doblar también la rodilla izquierda para no caer. Aún quedaba uno en pie, a su derecha, pero no le restaban

fuerzas para mover un solo músculo. Desde esa posición, como un penitente arrepentido, observó cómo el atracador se aproximó a él, apuntándole a la frente. Apenas pudo erguir la mirada para saludar a la muerte que se escondía tras el cañón de ese revólver. Cerró los ojos. En la radio sonaba *The river of dreams*, de Billy Joel. Cuatro años antes había arrasado en las listas.

*Todos acabamos en el mar,
Todos comenzamos en los arroyos...*

Se escuchó una detonación y la cara del tercer atracador desapareció en una masa de sangre, cerebro y hueso hecho astillas que voló hasta el techo. Más tarde, el empleado declarararía que el policía había armado el brazo a la velocidad del relámpago para disparar sobre su frustrado asesino.

El inspector sintió cómo le envolvía un manto de negrura y cayó al suelo. Todo había transcurrido en cincuenta interminables segundos.

Se le escapaba la vida... Notó el frío de las baldosas en la mejilla y sintió alivio. Estaba ardiendo. Luchó con su último aliento para mantenerse despierto aunque no tenía muy claro por qué debía hacerlo. Comenzó a divagar. Recordó el día en que su padre le dio a probar el café, en la cocina de su casa. Él solo tenía nueve años y aquello fue una bomba de neutrones para su sistema nervioso. Esa noche no paró de dar vueltas como un potro enloquecido y le fue imposible pegar ojo. Al día siguiente, su madre les echó una buena bronca.

—Tenías que haberte visto, hijo —le comentó su padre, años después, durante una comida de Navidad—. Estabas más excitado que una lechuza en un desfile de ratones.

Dudaba que el viejo hubiera presenciado nunca un desfile de ratones, pero lo encontró gracioso.

Aún se lo parecía.

Desde algún lugar remoto, a miles de kilómetros de distancia, le llegó el ulular de una sirena.

Tenía frío...

Sintió el sabor del café amargo en su boca, escuchó la risa de su padre y, al ritmo de Billy Joel, se abandonó a su suerte.

EN LA ACTUALIDAD

*Agua de pozo y mujer desnuda,
mandan al hombre a la sepultura.*

Dicho popular.

Aún no habían dado las once de la mañana de un día cualquiera de julio cuando sonó el timbre de la entrada. Hasta ese momento, César Alonso se había considerado un hombre afortunado. Esa percepción iba a cambiar de una manera drástica, pero aún no podía imaginar cómo.

Escuchó los pasos acelerados de su esposa en el pasillo, gruñó y volvió con desgana al libro que le había enviado su agente. La narración era afectada y grandilocuente, el fluir se hacía cada vez más denso y el ritmo rayaba lo plomizo. ¿Cómo era posible que pretendieran convertir aquel folletín en una película? Dejó las gafas sobre la mesa y miró por la ventana al edificio que había al otro lado de la plaza. Vio a un hombre, en el tercer piso, suspendido con medio cuerpo fuera del balcón, mientras hurgaba en el aparato del aire acondicionado que colgaba de la fachada. César Alonso seguía negándose a instalarlo en casa, a pesar de los rigores del verano madrileño: reseca la garganta y causaba problemas respiratorios. Él debía cuidar su voz. Se alegró de no vivir en una urbanización con piscina, de esas donde los niños no paran de gritar como locos. ¿Por qué nunca se quedaban afónicos? ¡Pequeños diablos! Cómo los envidiaba... Se estiró en la silla y bostezó. Cuando volvió a abrir los ojos, Elena estaba de pie en el umbral de la puerta de su despacho. Un hombre y una mujer esperaban detrás de ella, en el pasillo.

—Cariño, son de la policía. Quieren hablar contigo —anunció con expresión de angustia.

—¿La policía? —César se incorporó en el asiento de un bote.

Temió que el gestor hubiera vuelto a excederse aplicando deducciones demasiado creativas a su declaración de la Renta.

—Buenos días, señor Alonso —dijo el hombre y entró en la habitación sorteando a Elena—. Lamentamos interrumpir su lectura.

—Al contrario; soy yo quien debe estarles agradecido por rescatarme de este tormento. No llevo más que cincuenta páginas y ya he sentido deseos de arrojar el libro por la ventana.

—¿Qué está leyendo?

—*Esclavos del dolor ajeno* —respondió César y le mostró la cubierta.

—No lo he leído.

—Eso que ha ganado.

El policía no llegaba a los cuarenta y su pulcra raya del pelo parecía trazada por un delineante. A buen seguro que su abuela estaba orgullosa de él. César dejó la novela sobre el escritorio, se levantó y le dio un apretón de manos. Cuando uno no tiene nada que ocultar, siempre está deseando ayudar. O, al menos, eso es lo que todos pretendemos aparentar. Porque, ¿quién lleva una vida tan insulsa como para estar libre de secretos?

—Soy el inspector Carazo y esta es la inspectora Campos.

—Me encantó en *La cortina azul*, señor Alonso —dijo ella y acompañó su comentario con una hermosa sonrisa—. Fui a verla con unas amigas y, un par de semanas después, repetí con mi madre.

Era una mujer atractiva, algo más joven que su compañero, y se recogía el cabello rubio en una cola de caballo. En la mano derecha llevaba un portafolios negro de piel sintética que hacía juego con su traje gris.

—Si hubiera más aficionadas como usted, ni el teatro estaría en crisis ni los actores nos quejaríamos siempre por todo —respondió César, complacido—. ¿En qué puedo serles útil?

—¿Le importa que nos sentemos? —preguntó el inspector.

—Claro que no. Pasemos al salón; allí estaremos más cómodos.

Con un elegante gesto, mil veces repetido sobre los escenarios, los invitó a salir de su despacho. Elena se adelantó a la carrera para apartar de en medio cualquier cosa que pudiera provocar la impresión de que en esa casa no reinaba el orden más absoluto.

*Siempre corriendo de un lado para otro, como una pequeña ardi-
llita atareada*, pensó su marido.

Los inspectores ocuparon el sofá y César se sentó en su butaca con reposapiés extensible; la misma en la que le gustaba dormir un rato después de comer, antes de marcharse al teatro. Su mujer se quedó de pie, junto a él, y apoyó una mano sobre su hombro. Proyectaban la estampa de un matrimonio idílico.

—Sé por qué están aquí —comenzó Elena, con la respiración agitada—. Hace una semana, un monitor de catequesis de la parroquia de San Julián vino para llevarse algunos muebles del salón: ya estaban viejos y ocupaban demasiado espacio. —El policía trató de interrumpirla, pero ella continuó con sus explicaciones—. La mujer del portero del edificio que hay al otro lado de la plaza me dijo que ese muchacho había abandonado el chifonier en medio de la acera. Comprendan mi disgusto; él me garantizó que tiraría al contenedor todo aquello que no pudieran aprovechar en el centro juvenil, pero faltó a su palabra.

—Señora —intervino por fin el inspector—, no estamos aquí por sus muebles; no se preocupe.

—¡Les aseguro que solo necesitaba una mano de barniz!

—Cariño, la policía no se presenta en tu casa porque hayas dejado una cómoda en la calle —le aclaró su marido, mientras ella se retorció las manos, inquieta. Él le hablaba en ese tono condescendiente que se emplea con determinadas personas a las que no tratarías con la misma delicadeza si no estuvieras obligado a hacerlo—. El asunto que les ha traído debe de ser bastante más grave. ¿Me equivoco, inspector?

—No le entretendremos mucho, señor Alonso —contestó él, cortés—. ¿Le dice algo el nombre de Sara Carrión?

—Francamente, no.

—Encontraron su cadáver en el fondo de un pozo abandonado, a las afueras de un lugar llamado Yelmo del Caballero, en Guadalajara —informó el policía.

—No me suena de nada.

—Es normal —observó la inspectora—. Se trata de una pedanía a once kilómetros de Sigüenza; para llegar hasta ella hay que desviarse de la carretera principal un buen trecho.

—En Yelmo del Caballero existe una pequeña hospedería rural, el hotel Los Páramos —continuó Carazo—. Hace algo menos de un mes, un matrimonio se alojó allí con sus hijos: dos niños de ocho y diez años. Una tarde, los críos se alejaron jugando y el pequeño cayó dentro del pozo. Se rompió una pierna, pero eso no fue lo peor; imagínese lo que vivió cuando descubrió que no estaba solo allá abajo. —Elena ahogó un grito de horror y se aferró al respaldo de la butaca—. La señorita Carrión llevaba muerta más de un año. No encontramos ninguna documentación, pero hemos logrado identificarla gracias a los esfuerzos de la policía científica.

La inspectora Campos abrió el portafolios y extrajo de su interior una foto de la fallecida; la tomó por la parte superior, con dos dedos, y se la mostró al actor. En ella se podía ver a una muchacha que sonreía, llena de vitalidad, con un divertido gorrito de lana amarillo en la cabeza. Aparecía abrazada a la farola de un parque y estiraba la pierna izquierda hacia atrás, en una pose muy cinematográfica. Era difícil imaginársela en el fondo de un pozo.

Y muerta.

—Esta era Sara Carrión. ¿La reconoce? —le preguntó.

—No. ¿Qué edad tenía?

—En septiembre habría cumplido veintiséis.

—¡Qué joven! —se lamentó César—. ¿Vivía allí?

—No, en León —aclaró la inspectora Campos—. Los padres denunciaron su desaparición en mayo del año pasado. Yelmo del Caballero tiene un censo de dieciocho habitantes, señor Alonso. Aunque en verano pueden llegar a los cincuenta. Es un lugar que, de no ser por el hotel rural, habría desaparecido hace mucho.

—No existe registro alguno de que la señorita Carrión se hospedara en ese establecimiento ni en ningún otro de la zona —apuntó Carazo.

—Ella no conducía y el lugar en que fue hallada no es de fácil acceso; para llegar hasta allí es necesario caminar casi medio kilómetro campo a través.

—Quienquiera que acabara con su vida, eligió el lugar idóneo para deshacerse de su cadáver —concluyó Carazo—. Si no hubiera sido por esos niños, quizá nunca la habríamos encontrado.

César pensó que los inspectores formaban un gran equipo, perfectamente compenetrado, esmerándose en facilitar la información de una manera efectista y teatral. Habían logrado la naturalidad que solo se alcanza después de muchos ensayos.

Seguro que son pareja.

—¿Y no pudo caerse dentro, sin más? —preguntó Elena—. Igual que ese pobre niño.

—No —contestó Carazo.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? —Quiso saber César.

—El cadáver presentaba múltiples fracturas en el cráneo, en especial, una bastante fea en la zona parietal provocada por un objeto contundente —informó.

—¿Algo como una piedra?

—Por ejemplo.

—Bueno, entonces mi mujer quizá tenga razón; puede que la chica vagara por el campo desorientada y acabara cayendo dentro del pozo.

Se escuchó una especie de rugido sordo en el salón, como si alguien hubiera metido un cachorro de tigre dentro del tambor de una lavadora. César Alonso se volvió sorprendido a su mujer, pero los policías ni se inmutaron.

—Su teoría sería factible salvo por la fractura del hueso hioides —apuntó Carazo.

El matrimonio le miró sin comprender.

—El hioides es un pequeño hueso que hay en el cuello, por debajo de la lengua —explicó la inspectora—. Su fractura constituye una prueba inequívoca de que la estrangularon.

—¿No se lo pudo romper al caer? —preguntó César.

—No, debido a su ubicación, en la parte anterior del cuello, resulta imposible su fractura accidental. La señorita Carrión fue estrangulada. Su asesino tuvo que ejercer una presión brutal y prolongada sobre su cuello. Después, arrojó el cadáver al interior del pozo.

—¡Qué espanto! —gimió Elena.

—¿Y por qué nos cuentan todo esto a nosotros? —preguntó César.

El policía entornó los ojos, como un francotirador que estuviera fijando el blanco.

—Se lo contamos a *usted*, señor Alonso —contestó.

—No le entiendo.

Un nuevo rugido hueco, aunque ese más breve que el anterior, emergió de algún lugar del sofá. El inspector Carazo apretó la mandíbula con tanta fuerza que pareció que se le fueran a saltar los dientes, como palomitas de maíz en un microondas.

—Lo que mi compañero quiere decir es que quizá usted pueda ayudarnos a esclarecer los hechos —aclaró la inspectora Campos—. En un principio, las sospechas recayeron sobre el novio, que trabaja en una bolera de León; parece que su relación no atravesaba un buen momento, pero tenía coartada para la última noche en que Sara fue vista con vida y no hemos encontrado nada contra él. Las amigas de la víctima declararon que la muchacha llevaba una temporada hablando de romper con todo y empezar de cero lejos de allí así que, pasado un tiempo y al no tener noticias de su paradero, la atención policial se centró en otros casos más urgentes. Comprendan que los recursos de que disponemos son limitados. No sería la primera joven que decide dar un cambio de aires sin poner al corriente a su familia.

—Como el marido que baja a comprar tabaco y no regresa jamás... —comentó César Alonso y la inspectora asintió.

—Pero ahora que ha aparecido su cadáver, nos hemos hecho cargo nosotros y ahí es cuando su nombre ha salido a relucir —dijo.

—¿El mío?

—Hemos descubierto que Sara vino varias veces al teatro para ver su función, señor Alonso. Desde León —matizó.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—El mismo día que desapareció, compró una entrada por internet para *La cortina azul* y la retiró en taquilla.

—No era la primera vez que lo hacía —informó el inspector Carazo, que llevaba un tiempo callado—. Tomaba el autobús de las tres y media en León y, como después de la función no disponía de tiempo suficiente para coger el último de regreso, hacía noche en la Estación Sur hasta las ocho y cuarto de la mañana, hora en que partía el primero de vuelta.

—Lo sabemos porque se lo contó a su mejor amiga.

—A sus padres les decía que venía a visitar a una antigua com-

pañera del instituto y se quedaba a dormir en su casa —aclaró la inspectora Campos—. La hemos buscado, pero no existe.

—Desconcertante... —comentó César.

—Suponemos que les mintió para no tener que responder preguntas incómodas.

—A eso le llamo yo afición por las artes escénicas, ¿no cree? —comentó el inspector.

A César le desagradó el toque sarcástico que empleó Carazo en su comentario.

—No veo cómo puedo ayudarles —dijo.

—¿Está completamente seguro de que no la conocía? —volvió a preguntarle el policía.

—¡Ya le he contestado que sí!

—Pero ella hablaba de usted con su amiga.

—Si *La cortina azul* le gustaba tanto como para hacer ese viaje, es posible que alguna vez me esperara a la salida del teatro. ¡A mí o a cualquiera de los otros seis actores que integran el reparto! Quizá cruzáramos un par de palabras... No puedo acordarme de todas las personas que me saludan.

El policía hizo un gesto a la inspectora Campos y esta sacó del portafolios un libro de bolsillo, *Rimas y Leyendas*, de Gustavo Adolfo Bécquer; lo abrió por la primera página y se lo entregó a César.

—¿Usted escribió esto? —le preguntó.

César frunció el entrecejo. Había dejado las gafas sobre la mesa de su despacho y ya no veía tan bien como antes. Su mujer saltó como un resorte.

Voy a por tus gafas, cariño.

—No será necesario —dijo él. Estiró el brazo y forzó la vista, estudió el trazo del texto escrito y acabó por asentir—. Sí que parece mi letra.

—Hallamos ese ejemplar entre las pertenencias de la señorita Carrión en casa de sus padres —apuntó la inspectora.

Carazo recuperó el libro y leyó en voz alta:

—*Para Sara, un ser muy especial. Con cariño, César Alonso.* ¿Sigue afirmando que no se conocían?

Su tono ocultaba una amenaza, como una de esas fincas en las que no ves ningún cartel avisando de la presencia de un perro peli-

groso, pero una vocecita interior te advierte que saltar dentro sería un error muy grave.

—¡A lo largo de mi carrera he podido firmar miles de autógrafos! No me paro a meditar cada dedicatoria que escribo: con mucho cariño, afectuosamente, para alguien especial...

—Un *ser muy* especial —le corrigió Carazo.

—¡¿Qué más da?! ¡Son frases huecas! ¡Carecen de contenido real!—Se pasó la mano por la frente—. Comprendo que, a sus ojos, nuestro mundo resulte extraño, pero los actores vivimos del público y, en la misma medida, nos debemos a él. Una espectadora satisfecha quizá vuelva a pagar su entrada para ver tu espectáculo, como me ha contado que fue su caso, inspectora. Este negocio consiste en vender entradas. Las buenas críticas no pagan facturas; los patios de butacas llenos, sí. Mi trabajo no concluye cuando cae el telón. ¿Qué mal hay en posar para una foto o escribir unas cuantas frases dulzonas en un pedazo de papel? ¿Es un crimen procurar que mis admiradoras se sientan especiales? Entonces, deténganme porque me confieso culpable.

Elena acarició la barbilla de su marido. Aún le veía como aquel muchacho comido por el acné del que se enamoró en una cafetería de la calle Fuencarral. Fue un flechazo instantáneo. ¿Acaso los había de otro tipo?

—César es un hombre galante y muy apuesto. —Presumió, orgullosa—. Le gusta coquetear, desde luego, pero eso no hace daño a nadie.

—Claro que no, palomita. —Él besó su mano, con galantería—. Las admiradoras pagan entradas, inspectores —repitió.

—Me ha quedado claro —repuso Carazo, arisco—. ¿Dónde estaba usted el seis de mayo del año pasado?

—¿Está de broma? ¡No pretenderá que lo recuerde!

—Mi fuerte no es el humor. Procure hacer memoria; es importante.

—¡Mayo! —exclamó César y se llevó la mano a la frente—. Déjeme pensar... ¿En qué día de la semana cayó?

—En jueves.

—Entonces hubo función de *La cortina azul*, eso es seguro. La temporada pasada no suspendimos ni una sola representación.

Elena le dio un par de golpecitos en el hombro.

—Sí, cariño; cuando se tuvieron que llevar a Pepe Ortuño al hospital.

—¡Es cierto! ¡Come como una bestia! Un día va a reventar... Pero eso fue en noviembre, tesoro.

Un tercer rugido inundó el salón con tal potencia que a los policías les resultó imposible fingir que no lo habían oído. La inspectora fulminó a su compañero con sus imponentes ojos verdes. A pesar de lo incómodo de la situación, César tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Se encuentra bien, inspector? —preguntó Elena—. ¿Quiere que le traiga algo? ¿Un café? ¿Un té?

—No, gracias —contestó con la cabeza gacha.

—Si tiene hambre puedo prepararle una tostada...

El policía enrojeció.

—Señor Alonso —dijo la inspectora Campos—, en ningún momento hemos pretendido insinuar que usted estuviera involucrado en la desaparición de Sara Carrión, pero nuestra obligación es seguir cualquier posible pista. Espero que lo comprenda.

—Desde luego, pero no veo qué más puedo hacer por ustedes.

—¿Eran amantes? —preguntó Carazo.

—¿¡Cómo se atreve?! —El actor se puso en pie de un salto—. ¡Esto es inaudito! ¡Le exijo que mida sus palabras delante de mi esposa!

—Por favor, tómese las cosas con calma y siéntese; no está en el teatro.

—¿A qué ha venido eso?

—Quizá hablara con más libertad si su mujer no estuviera presente. ¿Quiere que la envíe a la cocina a que me prepare esa tostada?

—¡Por muy inspector de policía que sea no voy a tolerar que emplee ese tono dentro de mi propia casa!

—¿Prefiere que vayamos todos a comisaría?

—¡Basta ya, Alberto! —Carazo intentó replicar, pero la inspectora le obligó a callar.

—¿Puede explicarme esta agresividad? —preguntó César a la mujer.

—Por favor, vuelva a sentarse, señor Alonso. Le ruego que disculpe los modales del inspector Carazo.

—¡Desde luego dejan mucho que desear! —Tomó la mano de su esposa y obedeció a la policía a regañadientes.

—Yo también le sufro —comentó ella buscando su comprensión—. A veces se deja llevar por su celo profesional. Le pido disculpas, de nuevo. —El inspector se recostó sobre el respaldo del sofá con los brazos cruzados y el ceño fruncido, como un niño al que hubieran castigado sin recreo—. Señor Alonso, es usted nuestra única esperanza. Piénselo bien; quizá, aquel día, ella le comentó algo que pudiera servirnos como punto de partida...

—¡Una vez más le repito que no y me desagrada profundamente el cariz que está tomando esta conversación! ¡Les rogaría que dejaran ese juegucito que se traen ustedes dos entre manos! ¡No soy idiota!

—Cariño, ¿llamo a Elías? —preguntó Elena.

—¡No necesito un abogado! —contestó, enojado—. Lamento la horrible muerte de esa chica pero, más allá de la natural compasión que debo sentir por ella, no sé en qué me concierne. ¿Compró entradas para ver nuestra función? Bien, yo no se las vendí. ¿Encontraron ese libro dedicado por mí? ¿Y qué? ¿Tienen idea de cuántos autógrafos he firmado a lo largo de mi vida? —Alzó las manos en el aire, y respiró hondo, intentando sosegar—. No obstante, colaboraré con ustedes en todo lo que deseen, siempre y cuando nos traten a mi mujer y a mí con el respeto y la consideración que nos merecemos.

—¿Qué hizo aquel día después del teatro? —insistió Carazo.

—¡Cómo quiere que lo sepa! ¿Recuerda qué comió el lunes de la semana pasada? —César se obligó a no perder los nervios ante la actitud desafiante del policía. Se pellizcó el entrecejo con el pulgar y el índice de la mano derecha; fue un tic que incorporó a uno de sus personajes en el pasado y ya no había logrado librarse de él—. Puede que ese día invitara a algún amigo al teatro... Cuando eso sucede, suelo quedarme a tomar un vino después. Si no, vuelvo derecho a casa. Me tengo por un hombre sociable, pero confraternizar en exceso con tus compañeros de trabajo puede resultar contraproducente. Luego, se te suben a las barbas. Yo también participo en la producción, aunque con un porcentaje

muy pequeño. —Suspiró —Los actores, con dos copas de más, nos volvemos insufribles... Pregunten a la taquillera; las invitaciones pasan a través de ella.

—Lo comprobaremos —dijo la inspectora Campos—. Creo que eso será todo por el momento. —Recogió la foto y el libro y volvió a guardarlos en el portafolios. Carazo no la ayudó; se limitó a mirar con cara de pocos amigos a algún universo paralelo situado entre la pared que había a espaldas de Elena y el infinito.

César estaba convencido de que tenían todo aquel numerito muy estudiado: poli bueno y poli malo. Él mismo había interpretado ese papel en una serie de televisión, pero había resultado mucho más convincente. No en vano era un profesional dos veces nominado a los premios Goya.

—Le dejaré mi número por si recuerda algo. Por favor, no dude en llamarnos. —La inspectora le entregó su tarjeta, sencilla y con un diseño clásico; no podían derrochar el escaso presupuesto de su unidad en fruslerías. César la aceptó aunque, sin las gafas, no pudo leer nada de lo que ponía en ella—. Cualquier detalle puede ser importante.

Los policías se levantaron del sofá y se despidieron con pocas ceremonias. Esa vez no hubo apretón de manos. Elena los acompañó hasta la salida y César se quedó de pie en el salón, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de lino. Hasta el último momento creyó que Carazo se volvería para gritarle, presa de un fingido arrebatado de cólera como en una mala película, pero nada de eso ocurrió. Su mujer cerró la puerta de la calle y volvió a toda prisa a su lado, como había hecho siempre.

—¿Estás bien, amor? —le preguntó.

—Lamento que hayas pasado este mal trago —se disculpó su marido.

—Nunca escarmentarás... No se puede ser tan amable con la gente.

—¿Y me lo dices tú?

Él la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí, como a Elena le gustaba. Desde que empezaron a quedar juntos para ir a merendar, mucho antes de que él se convirtiera en una estrella de cine, ella había contado a sus amigas que César Alonso abrazaba y besaba como

los galanes de las películas. Aunque ya casi no quedaba pasión en esos besos, tan solo cariño.

—¿Qué crees que le ocurrió a esa infeliz? —preguntó él.

—El mundo está lleno de seres abominables —contestó ella y apoyó la cabeza sobre el hombro protector de su marido.